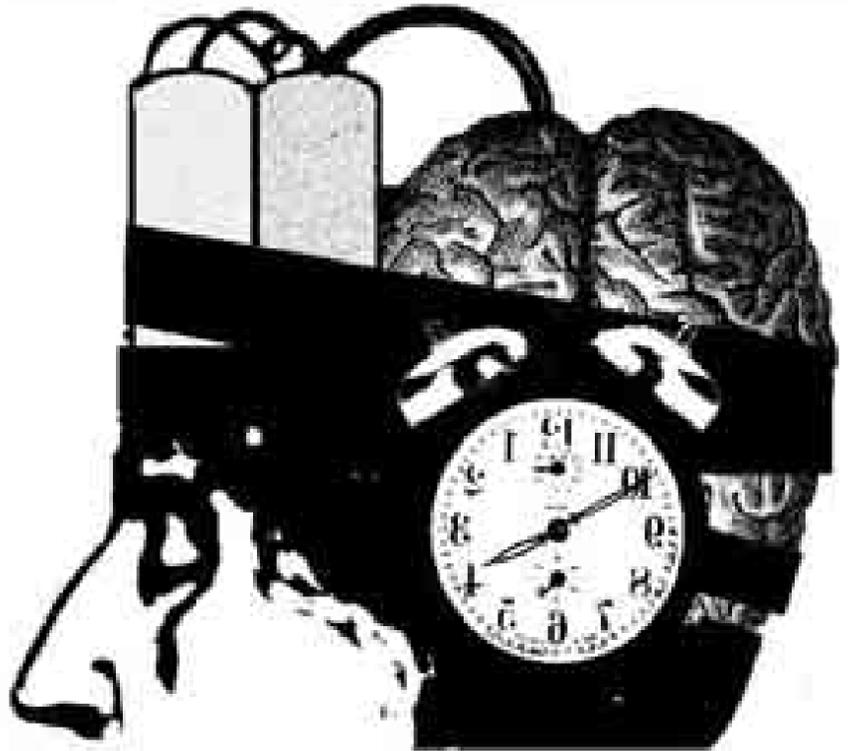


LA INVESTIGACION

La dinamita cerebral de los terroristas

PSICOLOGIA DE LA VIOLENCIA. Las investigaciones de los últimos años han demostrado que los terroristas islámicos no son psicópatas o personas desesperadas por la pobreza. De hecho, el retrato robot de un 'guerrero de Alá' es el de un hombre joven, soltero, bien integrado en su comunidad, de clase económica y nivel educativo medio. La clave de su comportamiento asesino es una sed de venganza alimentada por la percepción de que sus pueblos han sido humillados. Por Eduardo Salvador



Cómo es posible que alguien —un ser humano— sea capaz de plantar una mochila cargada de explosivos en un tren abarrotado de gente? Todos los madrileños —y durante los últimos días madrileño ha sido el mundo entero— nos lo hemos preguntado. La mayoría hemos caído en la tentación de suponer que sólo un demente, un monstruo o un ser *inhumano* sería capaz de algo así. La psicología, sin embargo, ha demostrado que todos y cada uno de nosotros poseemos las semillas del fanatismo y la crueldad, y que a menudo son personas ordinarias y nada demoníacas quienes cometen los actos más atroces.

El perfil del terrorista de Al Qaeda, cuya autoría del 11-M parece cada vez más probable, no concuerda con esa idea tan extendida del psicópata malvado y cobarde, ni la del miserable desesperado por la pobreza y la ignorancia. Al contrario, los retratos robot coinciden en identificar a un hombre joven, soltero, libre de trastornos mentales, bien integrado en su comunidad, de clase económica y nivel educativo medio. Los vecinos y co-

nocidos suelen comentar de ellos que les sorprende que fueran capaces de tales fechorías, que eran amables y bien educados. En definitiva, gente muy normal.

Pero ¿es posible que personas *normales* puedan participar en una masacre calculada y planificada? Tras el holocausto judío en la Alemania nazi, esta misma pregunta impulsó a numerosos psicólogos a iniciar un estudio sistemático de la crueldad organizada. Y descubrieron que efectivamente existe algo que puede convertir a personas ordinarias en seres capaces de una gran crueldad: el contexto, la ideología y la presión social.

Quizás el más notorio de los experimentos psico-sociológicos fue el que llevó a cabo Stanley Milgram en 1961 en la Universidad de Yale. A los participantes se les informaba que querían probar los efectos del castigo físico en el aprendizaje, y para ello debían administrar a un «estudiante», otro voluntario atado a una silla en la habitación adjunta y conectado a unos electrodos, un test de memoria y, en casos de error, una serie de descargas eléctricas. Estas últi-

mas se activaban mediante una serie de 30 botones marcados de 15 a 450 voltios y con etiquetas desde «descarga suave» a «peligro: descarga muy intensa». Según iba aumentando la intensidad del castigo, el «estudiante» se iba quejando con mayor fuerza, a través del micrófono, hasta el punto de aullar de dolor e implorar al participante que

La psicología demuestra que todo ser humano posee las semillas mentales del fanatismo y la crueldad

cesara la tortura. Por supuesto, se trataba de puro teatro, excepto para el participante que debía pulsar los botones.

Si alguna vez alguien protestaba o se negaba a seguir adelante, un «investigador» muy serio le informaba que no se preocupara, que las descargas eran dolorosas pero no suponían ningún riesgo, y que los «investigadores» tomaban plena res-

ponsabilidad. A partir de una de las últimas descargas, el «estudiante», que al inicio había mencionado tener «problemas de corazón», dejaba de responder a ninguna pregunta, o incluso a dar señales de vida. Llegados a este punto, el «investigador» animaba al participante a interpretar el silencio como una respuesta incorrecta, y por lo tanto a administrar un nuevo *shock* (los últimos dos botones estaban marcados sencillamente «XXX»).

La publicación de este estudio, luego replicado ampliamente en distintos países y con innumerables variaciones, provocó un escalofrío colectivo que trascendió fuera del ámbito académico y dio la vuelta al mundo. Un 65% de los participantes llegaron a pulsar hasta el último botón y el 100% llegaron hasta los 300 voltios, confirmando que la mayoría de las personas, si no todas, somos capaces de torturar o incluso matar a otro ser humano por el mero hecho de no contradecir una orden.

Pero, si en un breve y sencillo experimento de laboratorio pueden conjurarse tendencias tan oscuras de nuestra naturaleza, ¿cuánto más fácilmente podrá sucumbir

a estas debilidades un ser humano expuesto durante un largo periodo de años o décadas a un contexto social propicio a ello? La respuesta podemos encontrarla en las zonas más conflictivas de Oriente Medio, auténticos caldos de cultivo para el terrorismo. En estos entornos resulta muy fácil la labor de reclutar a asesinos de masas, incluso suicidas, entre una población de personas no patológicas. ¿Por qué?

Scott Atran, psicólogo y antropólogo de la Universidad de Michigan (EEUU) analizó hace un año en la revista *Science* y en su libro *En los dioses confiamos* el contexto social que aviva las llamas de ese fuego potencial. Según Atran, uno de los detonantes principales lo proporciona «un sentido colectivo de injusticia histórica, sometimiento político y humillación social». Por su interés geoestratégico, la zona de Oriente Medio ha sido el escenario de grandes conflictos territoriales y económicos entre diversos estados, etnias, facciones y poderes extranjeros. Como resultado, en lugares como Palestina, Afganistán o Irak se ha desarrollado en millones de individuos la per-

La ciencia del homicidio en masa

JOSE LUIS GONZALEZ DE RIVERA

Comprender el sentido de vidas que terminan de manera brutal, inesperada y absurda no es función de la ciencia. Para eso tenemos que recurrir a la psicología humanista y, sobre todo, al amor que todos llevamos dentro. La ciencia es analizar, explicar, buscar relaciones de causa y efecto, y no tiene, en principio, nada que ver con los sentimientos, ni siquiera con la decencia. Por eso existe una ciencia de la guerra, una ciencia del terror e, incluso, una ciencia de

la política. La psicología animal, que es perfectamente científica, nos enseña que los depredadores matan por instinto, es decir, porque están irremisiblemente programados para ello. Los homicidios pasionales son reflejos animales, desatados por la ira, la envidia, el miedo y, a veces, por la impotencia. Algo diferentes, pero no mucho, son los homicidios de conveniencia, causados por la expectativa de provecho o lucro, y que, aparte de una triste realidad, constituyen materia clásica de novela policíaca.

Pero el mayor y más horrible número de muertes no se produce ni por reflejo animal ni por egoísmo criminal. Matar y ser muerto son actos humanos deliberados, tolerados y promocionados por casi todas las ideologías y, ciertamente, por todos los estados en todas las épocas. Los dos grandes inventos que permitieron a los romanos conquistar el mundo fueron la disciplina de sus cohortes y la convicción moral de que

es «noble y decoroso morir por la patria». Tan humana es esta actividad, que, con el correr de los tiempos, ha ido desarrollándose toda una legislación del homicidio planificado. Así, mientras que los guerreros uniformados tienen la obligación y el derecho de matarse entre sí, y hasta reciben premios y elogios por ello, no está bien visto que dañen a civiles o a heridos que no están en condiciones de luchar. Ciertamente es que siempre mueren personas inocentes, suponiendo que los soldados no lo sean, pero siempre se ha dicho que fue un error, o que las víctimas se pusieron donde no tenían que estar, o, simplemente, que algunos «daños colaterales» son inevitables.

Convertir a civiles inocentes en blanco prioritario es un invento reciente, tan disruptivo de las normas tradicionales que todavía no sabemos si clasificarlo como guerra o como crimen. Otro invento reciente, el *network-centric warfare* (integración de comunicaciones y

sensores electrónicos en armas inteligentes), última tecnología para el *low-risk combat* (combate de bajo riesgo) está definitivamente clasificado como guerra porque, daños colaterales aparte, sigue la normativa tradicional y se dirige, en principio, contra enemigos oficiales más o menos uniformados.

Cabe sin embargo preguntarse, si nuestros guerreros son cada vez más difíciles de matar, ¿cómo harán los guerreros del otro bando para justificar su salario? Es posible que se les ocurra buscar objetivos más fáciles. Los civiles ya no están a salvo ni siquiera en teoría. De repente, todos somos combatientes. Súbitamente, la guerra se ha salido del principio de autoridad del comandante en jefe para convertirse en asunto de interés democrático cotidiano. Ahora todos estamos en primera línea.

José Luis González de Rivera y Revuelta es Jefe de Psiquiatría en la Fundación Jiménez Díaz.

cepción de que ciertos agresores han atacado y humillado sus pueblos hasta límites intolerables.

Según Atran, los grupos que reclutan *mártires de Alá* ofrecen la solución perfecta (redención mediante la *guerra santa*) para el problema de estos *consumidores* (su dolor emocional). Las nuevas variantes extremistas de la religión musulmana, un fenómeno reciente y minoritario más que una vuelta al pasado tolerante y abierto del islam tradicional, proporcionan lo que este especialista denomina una «esperanza religiosa compensatoria»: la posibilidad de recuperar el honor perdido mediante la lucha armada y el martirio.

La combinación explosiva de estos elementos de humillación y compensación religiosa, según Atran, es la dinamita mental que transforma a personas ordinarias en terroristas del siglo XXI. Una vez mezclada esta mortal fórmula, los grupos de reclutamiento se aprovechan de un mecanismo psicológico adicional para poner en marcha su *bomba de relojería* humana: los lazos emocionales entre los miembros de un grupo.

Los reclutadores hábilmente crean fortísimos lazos entre los componentes de unidades operativas formadas por grupos de tres a seis personas, quienes se comprometen explícitamente a morir unos por otros (normalmente mediante un testimonio grabado en vídeo). Este espíritu de sacrificio y entrega al grupo —en otros contextos una fuerza positiva y creativa que permite al ser humano realizar sus mayores y más admirables proezas—, en este caso también le permite colocar una mochila mortífera en un tren, con la conciencia tranquila y el corazón lleno de «amor» por sus «hermanos» del grupo y «por Alá».

Atran propone que si los políticos realmente quieren luchar contra el terrorismo, deberían fomentar la investigación de los contextos sociales que contribuyen a convertir individuos sanos y ordinarios en *bombas humanas*, incluido el papel de nuestras propias políticas geoestratégicas. Hace un año, en vísperas de la cumbre de las Azores, este investigador norteamericano advertía en *Science* que «a la larga, nuestra sociedad no puede ignorar ni las consecuencias de sus propias acciones ni las causas que existen detrás de las acciones de los demás. Los costes potenciales de tal ignorancia son terribles de contemplar». En Madrid, esta vez, no hemos tenido más remedio que contemplarlas.

Eduardo Salvador es psicólogo social.

Evolucionar hacia la paz y la humanidad

EUDALD CARBONELL

Los humanos nos hemos ido desarrollando conforme a las leyes de la selección natural, al igual que los animales y plantas que nos rodean. Así, nuestra naturaleza es de origen animal. Para matar y justificar la muerte hemos inventado desde tiempos inmemoriales los mitos y los ritos. En el proceso de humanización que empezó hace unos 2,5 millones de años y que aún no ha concluido, nuestro comportamiento animal y humano ha ido diferenciándose del de otras especies de mamíferos. Sin em-

bargo, la etología y nuestra forma de ser están indisolublemente unidas. A lo largo de nuestra evolución nos hemos matado entre nosotros para conservar la comida y el territorio, para reproducirnos, por una religión, por una ideología, por el poder y la hegemonía. Nos hemos matado en guerras, una forma de terrorismo institucionalizado. Nos hemos matado en confrontaciones de todo tipo, nos hemos matado en atentados traidores y terroristas. Existen muchas formas de matar, todas malas y reprobables. Matar es una forma de despersonalizar nuestro propio proyecto humanizador.

La dialéctica del terror es el terror en sí mismo. Las víctimas pasan a engrosar estadísticamente los falsos intentos de redención de nuestra especie y, nuestro consuelo es la catarsis colectiva que nos ayuda a generar una conciencia de especie, distinta a la que ahora tenemos, es decir la que no tenemos y deberíamos de tener.

Las injusticias, el hambre, las desigualdades

necesariamente para matar, ni que la agresividad sea el único modo de abrirse paso en este mundo.

De hecho, los estudios más recientes sugieren que la reconciliación y la solidaridad son estrategias muy útiles para triunfar en la selección natural, y que nuestras propias creaciones culturales son las culpables de que aún exista la violencia. Algunas ideas se extienden como la peste de boca en boca y nos impulsan a destruir al contrario aunque esto no suponga ningún beneficio para nadie. Así, los impulsos agresivos de los animales suelen explicarse porque aumentan las posibilidades de que sus genes se extiendan, pero un terrorista, en cambio, no obtiene ninguna ventaja biológica: lo único que está expandiendo a través de la violencia es su ideario político o religioso.

Según explicó a EL MUNDO Alex Kacelnik, zoólogo de la Universidad de Oxford, los extremismos políticos o religiosos funcionan como «una especie de parásito en la mente», ya que las personas que creen en ellos sacrifican sus

propios intereses con el único fin de propagar «la causa». «En biología, hace unas décadas prevalecía la idea de que la selección natural favorecía los comportamientos individualmente egoístas, pero ahora sabemos que el comportamiento individual está al

Los extremismos religiosos funcionan como parásitos en el cerebro de las personas que los propagan

servicio de los genes. Algo similar ocurre con las ideas», asegura Kacelnik. El fanático es simplemente «un vehículo, y en cierto modo un condenado», siempre al servicio de sus propias creencias.

Contra la idea de que la agresividad es un instinto natural, heredado de nuestros antepasados primates, la Unesco promovió en 1986 la Declaración de Sevilla, firmada por

20 especialistas de todo el mundo. «Es científicamente incorrecto que la guerra o cualquier otro comportamiento violento estén genéticamente programados en nuestra naturaleza humana», rezaba uno de los puntos del informe.

Además, según el primatólogo Frans de Waal, de la Universidad de Emory, tampoco es cierto que los simios muestren siempre comportamientos agresivos. Por el contrario, existen especies que sobreviven gracias a un gran sentido de la cooperación y la amabilidad, como los bonobos. En cuanto a otros primates más violentos, como los chimpancés, De Waal asegura que la agresividad también puede servir para fomentar el cariño entre estos animales, que se reconcilian tras sus peleas con abrazos y caricias.

Sin embargo, el antropólogo Michael Ghiglieri, de la Universidad de Arizona del Norte, considera que, al menos en el caso de los hombres, sí existen fuerzas biológicas y evolutivas que nos empujan hacia la violencia, heredadas de nuestros ancestros machos en el reino animal. Para este investigador, la única manera de combatir la agresividad es precisamente conocer y admitir este cruel legado, y así establecer las mejores estrategias contra la violencia.

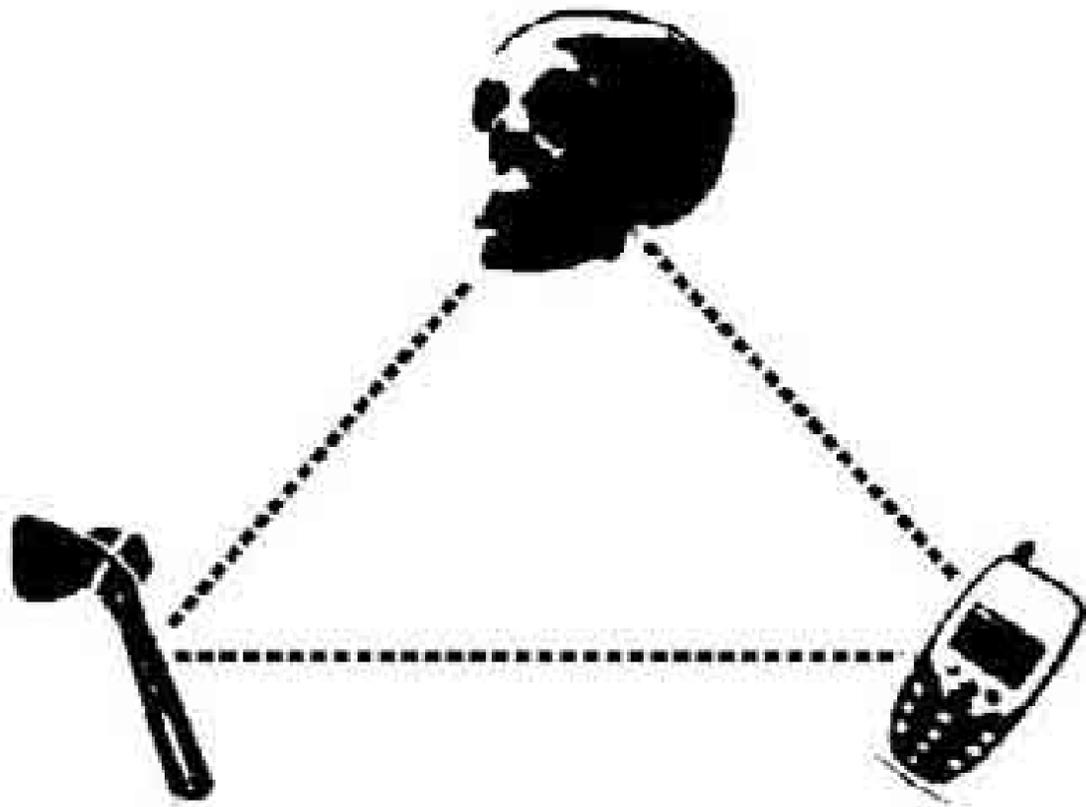
Algunos estudios sugieren que la predisposición a cometer asesinatos y actos violentos no es igual en todos los individuos, sino que determinadas disfunciones cerebrales pueden derivar en un comportamiento violento. Según descubrió un equipo de la Universidad de Wisconsin en el año 2000, las personas más agresivas son incapaces de controlar sus emociones debido a una anomalía en sus circuitos neuronales, lo que provoca actitudes desmedidas y sanguinarias. Sin embargo, Richard Davidson, responsable de la investigación, reconoció que los factores ambientales también influyen en el comportamiento de las personas violentas.

De hecho, existen sociedades humanas, como los esquimales, donde las duras condiciones ambientales impiden que se desate la violencia, ya que una guerra entre clanes desembocaría fatalmente en la extinción de toda la tribu. Así, algunas de estas sociedades resuelven sus conflictos mediante guerras de cánticos, en las que vence el contrincante más ingenioso y que mejor sepa humillar al contrario con sus rimas. La sangre nunca llega a correr. «En consecuencia, la guerra no es más natural que la paz en los humanos», concluye el antropólogo Marvin Harris.

lucha contra el fanatismo y el radicalismo dogmático. Somos una conciencia producto de la evolución del espacio-tiempo y el tiempo de la violencia debe acabar. Comencemos a construir la paz a partir de la igualdad económica y luchando contra las injusticias de especie. Este es el camino que tenemos que recorrer para alcanzar unos valores de Humanidad que aún no existen.

Consistencia y conocimiento, esto es lo que necesitamos contra la violencia. Luchemos por la vida protegiéndola, avancemos contra la muerte condenando lo que no queremos. Acabamos de pasar por una experiencia traumática, mi más sincera solidaridad al pueblo de Madrid. Me siento más madrileño que nunca, pero también más humano. Necesitamos avanzar sin parar hacia la conciencia crítica de especie, necesitamos integrar la diversidad. Es cosa de todos. Un abrazo solidario y científico.

Eudald Carbonell es codirector de Atapuerca.



ILUSTRACIONES: LUIS PAREJO

Del hacha de los neandertales a las mochilas bomba del siglo XXI

ANGEL DIAZ

MADRID.- Los humanos siempre hemos vivido envueltos en la violencia. Los neandertales ya fabricaban rudimentarias hachas para abrirse la cabeza unos a otros, y las guerras y atentados que sufrimos en la ac-

La violencia no se debe a una programación genética del ser humano, sino a sus creencias culturales

tualidad nos recuerdan que las maneras de matar no han dejado de evolucionar desde entonces. No es extraño que algunos biólogos hayan creído que nuestra especie está condenada genéticamente a la violencia, al haber heredado los instintos agresivos de nuestros lejanos y salvajes ancestros. Pero no es así. Según las últimas investigaciones, no es cierto que estemos programados

o la insolidaridad, valores que los humanos estamos intentando destruir, se encuentran en el meollo de lo que está ocurriendo: Nueva York, Bali, Estambul, Casablanca, Madrid etcétera.; la guerra moderna de la destrucción, consecuencia de la incapacidad del racionalismo en convertir y aplicar valores como la solidaridad y la cooperación.

El fundamentalismo, la demagogia, la destrucción, el radicalismo de algunos políticos e ideólogos, nos llevan a la destrucción de las propiedades emergentes de la Humanidad. No habrá verdadera redención, ni pensamiento crítico si no destruimos comportamientos anti-humanos. Si no desactivamos pasiones y construcciones idealistas. Razón y más razón en la forma de ser y actuar. La fuerza de la razón y no la razón de la fuerza.

Aún no somos humanos y, por lo tanto, sabemos que la violencia puede aparecer; pero deberíamos contenerla con formación, educación, igualdad de oportunidades, y la